

# Manuel Azaña y *La Pluma*

## Introducción: pasos periodísticos y literarios de Manuel Azaña

**L**a carrera literaria de Manuel Azaña da sus primeros pasos dentro del costumbrismo. En sus años mozos había fundado con otros amigos de su ciudad natal la revista *Brisas del Henares*, pero inicia una carrera periodística de más fuste en la revista *Gente Vieja*. No escribe artículos políticos, sino costumbristas, tan al uso de esta publicación, últimos ecos del siglo XIX. Se presenta *Gente Vieja* como «un modestísimo y vetusto semanario que ni tiene pretensiones ni por qué tenerlas; que en confianza lo que más envidia es la juventud». Pero en la dedicatoria «Al público», firmada por Juan Valero de Tornos, también se dice: «Vamos no solamente a evocar el pasado, sino a predecir lo futuro y a juzgar lo presente». El primer número de *Gente vieja* aparece en Madrid, en diciembre de 1900 y escriben entre otros, Federico Balart, Manuel del Palacio, Ricardo de la Vega, Antonio Grilo, Alberto Aguilera, Miguel Moraita... *Gente vieja* era una revista castiza, opuesta al decadentismo político y estético de fin de siglo, enemiga pues del modernismo.

Tanto en *Brisas del Henares* como en *Gente vieja*, Manuel Azaña, hijo de buena familia, señorito en Madrid, a quien no le desagradaba la vida cómoda que lleva, firma con el seudónimo de «Salvador Rodrigo». Sus escritos no son críticos, regeneracionistas, como podrán ser los de sus contemporáneos Angel Ganivet o Silverio Lanza. Son escritos festivos, enfocados desde el costumbrismo y el humor más que desde la ironía (todavía respetuosa). Azaña no está en ellos, desde la pasión política o la crítica intelectual. Es simplemente un espectador que toma apuntes divertidos de la realidad. Está cerca de Mesonero Romanos; lejos de Larra. Retratos, pequeñas narraciones, diálogos. Entre el periodista, ya apunta el escritor, la ficción saliendo del realismo.

En 1910 Azaña publica *La Avispa*, en colaboración con su amigo Antonio Fernández Quer. Es una revista alcaláina, satírica, continuadora en los afanes literarios de *Brisas del Henares*, con noticias, críticas, narraciones cortas, chismes...

<sup>1</sup> En el número 1 figuraban como redactores José Ortega y Gasset, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Ramón Pérez de Ayala, Luis de Zulueta, Eugenio D'Ors, Gregorio Martínez Sierra y Juan Guixé. Anunciaba como colaboradores, entre otros, a Francisco Acebal, José López Pinillos, Luis de Tapia, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, Luis Bello, Jacinto Benavente, José Moreno Villa, Ramón del Valle-Inclán y Miguel de Unamuno.

<sup>2</sup> Véase el artículo de Azaña «La dictadura en España», publicado en Francia y Argentina, a causa de la censura.

<sup>3</sup> La referencia literaria, pirandelliana, no puede ser más elocuente. En Azaña se entreveran política y literatura.

<sup>4</sup> Revista de información gráfica. El número 1 aparece en Madrid, el 8 de noviembre de 1903. Se inaugura con un artículo de Benito Pérez Galdós, bajo el título «Soñemos, alma soñemos». El escrito invita al ensueño, superador del pesimismo noventayochista.

<sup>5</sup> Revista gráfica de arte, literatura, ciencias, actualidades, pretende hacer de España una realidad plenamente europea. Aparece en Madrid, en 1910. En el número 1 escriben, entre otros, Pérez Galdós y Unamuno.

<sup>6</sup> Obsérvese la trayectoria: Alma Española (1903), España Europea (1910), España (1915).

<sup>7</sup> Revista de Occidente sale a la luz en julio de 1923. Revista cultural, intelectualista, de espaldas a la política, quiere ofrecer un pa-

Azaña, hacia 1911-1912 se hace periodista de firma. Tercia en una polémica con Pío Baroja sobre la polarización Francia-Alemania; visita París becado por la Junta de Ampliación de Estudios; escribe artículos en *La correspondencia de España*. Se deja fascinar por el encanto de la ciudad, la cultura y el arte. En otoño de 1919, Azaña, en su segunda estancia larga en París, es corresponsal del periódico *El Figaro*. Publica artículos y ensayos cortos. A finales de 1920, Azaña y su amigo, luego cuñado, Cipriano Rivas Cherif, vuelven a Madrid. En junio de 1920, ambos editan la revista literaria *La Pluma*. Mientras tanto Azaña también colabora en la revista *España*<sup>1</sup> que ahora dirige Luis Araquistáin.

En *España*, Azaña publica profundos análisis críticos. En los últimos tiempos de esta revista, Azaña es el director. En marzo de 1924 *España* se verá obligada a cerrar<sup>2</sup>. La dictadura es dura y se mantiene mucho tiempo. Luego vendrá el vacío de las instituciones.

En el número 404 (12 de enero de 1924) de la revista *España* publica Manuel Azaña un artículo importante: «Una constitución en busca de autor»<sup>3</sup> que es un retrato de sí mismo, una confesión y un ideario. Escribe: «Leo en el *Quijote* a libro abierto: en él todo se me antoja transparente y jocundo; es decir que padezco las limitaciones impuestas por la clarividencia y el prurito de lo concreto». Azaña no es un escritor satírico moralista, en la trayectoria de Quevedo-Larra, sino un regeneracionista retrasado, un humorista, de buen y mal humor, en la línea de Cervantes y Valera. Su estilo huye de los excesos barrocos para venir al equilibrio clásico, al estilo castellano. Sobre la crisis religiosa, tan determinante en *El jardín de los frailes*, tan decisiva para su vocación intelectual y ejercicio político, aclara: «Una religión sin metafísica acabó de separarme de la matriz del mundo, me desprendió del seno de lo absoluto».

El tema de España es decisivo en la conformación de su carácter y de la proyección de su vida pública, España como nación, surgiendo del desastre de 1898, España democrática, europea, era el tema de aquel tiempo. La aparición de una serie de revistas inciden en el tema: *Alma Española*<sup>4</sup>, *España Europea*<sup>5</sup>, *España*<sup>6</sup> y *Revista de Occidente*<sup>7</sup>. Sobre su españolismo, escribe Azaña: «Estos mis caracteres de español no descastado ni desarraigado, más antiguos que las formas políticas, prevalecen sobre las costumbres». Insistiendo más abajo, en su preocupación regeneracionista: «Me interrogo cómo incumbe a cada uno para desentrañar el ser de España».

En Azaña, coinciden y se enriquecen el intelectual, interior, y el político exterior. Ambas direcciones conforman una personalidad rica, compleja, donde combaten la lucidez y la ambición, a veces con crisis profundas, superadas, como la de 1925, determinante en su carrera de escritor<sup>8</sup>. El trasfondo intelectual da un estilo al hombre público, una tolerancia que no hay en otros políticos de la época. Azaña lucha por la libertad pero es además un liberal. Él mismo establece los matices: «Libertad es del instinto; todos la sienten y desean ser libres; liberales mucho menos. Libertad es el objeto. Liberalismo es el modo».

La crisis de 1925 marca la caída de Manuel Azaña en la decepción política; también el refugio en la literatura. Azaña termina *El jardín de los frailes* y se interesa por la figura de Juan Valera sobre quien escribirá sugeridores estudios literarios. (Entre otros, *Vida de don Juan Valera*, Premio Nacional de literatura en 1927).

El 20 de noviembre de 1930, Azaña, ateneísta de toda la vida, pronuncia en el Ateneo la conferencia «Tres generaciones literarias». Con los artículos publicados en la revista *España* y la biografía y estudio sobre Valera, Azaña elabora una síntesis o visión que tendrá luego proyección en *Fresdeval*, novela inacabada. *Hipólito*, otro escrito fechado en 1929, es el viaje del protagonista por un paisaje en el cual se siente extraño. *La velada de Benicarló*, diálogo de la guerra de España, escrita en 1937, es un testimonio trágico.

Las obras completas de Manuel Azaña, publicadas por Ediciones Oasis, México, 1966 (1ª edición) ocupan seis gruesos volúmenes. La compilación, disposición de los textos, prefacio, prólogos y bibliografías están al cuidado de Juan Marichal<sup>9</sup>.

Manuel Azaña, también ejerció como traductor: de Borrow, *La Biblia en España*; de B. Russell, *Vieja y nueva moral sexual*; de B. Cendrars, Giraudoux, J. Martet, E. Eckermann.

## La Pluma, un refugio de la vocación literaria

Bajo esta modesta presentación, «Dos palabras que no están de más», una explicación al público, también puede que un manifiesto, empezaba su andadura *La Pluma*<sup>10</sup> revista literaria, cuyo primer número apareció en junio de 1920, en formato reducido. Como dato anecdótico, los precios de suscripción eran de nueve pesetas por seis números y dieciocho pesetas por doce. El ejemplar suelto costaba dos pesetas<sup>11</sup>.

*La Pluma* nace impulsada que no dirigida, por Manuel Azaña y Cipriano Rivas Cherif que figuran con el título de redactores. Surge como periódico mensual y está dedicada, en un alarde con reminiscencias románticas, pero también inequívocamente democráticas, «al desconocido lector». No lo está, como otras de su época y de siempre, a los intelectuales, a los literatos. No nace al amparo de ningún santón o ídolo de la cultura establecida; está ofrecida al pueblo anónimo, con un fin cultural y cívico más que con un protagonismo literario. Nace con fuerza juvenil y pide un voto de confianza para el futuro: «Te dará en su forma actual el bosquejo de nuestras esperanzas sin límite».

Sin embargo, ya existe una seguridad en sus comienzos, una fe en la obra trazada. Los mentores son exigentes consigo mismos, no buscan el aplauso fácil, la benevolencia de los consagrados, sino que quieren presentarse a cuerpo limpio, responsablemente, pidiendo una crítica justa. Desean que la revista se defienda por sus propios méritos «con algo más que la buena voluntad de sus colaboradores». Con esta honestidad nace.

norama esencial de la vida europea y americana.

<sup>8</sup> Tras el cierre de la revista *España*, hay una imposibilidad teórica y práctica de hacer política. La dictadura se prolonga.

<sup>9</sup> Convendría publicar la obra de Manuel Azaña en ediciones más al alcance del lector.

<sup>10</sup> La revista lleva un dibujo en la portada: un tintero del cual sale una especie de cabellera o cabeza y una pluma mojando en el tintero.

<sup>11</sup> Los pedidos y suscripciones deberían dirigirse a Manuel Azaña, Hermosilla 24, duplicado, Madrid.

Los fundadores, más que directores, se propusieron ser padres de esta singular criatura; así, los meses que transcurrieron hasta su alumbramiento están marcados por las ilusiones y alguna preocupación, el qué será *La Pluma* queriéndola lo más perfecta posible, adivinando su futuro. Para escapar del tedio, que más tarde se llamaría angustia, recurren a la invención, al amor creador. «Al arrojarlo» a la sociedad, con esta expresión fuerte que indica voluntad, casi desafío, hay una decisión, una paternidad responsable. La revista no nace como una hija de la casualidad sino «por decreto de nuestra voluntad», por decisión, voluntad laica del hombre dueño de su libertad. Hay un sentido demiúrgico del poeta-creador-hacedor-dios. La quieren desde el principio como un hijo adulto, capaz de hacer frente a «los embates del mundo».

Según voluntad de los fundadores al salir la revista, se «emancipa», se libera y es un ser independiente que se arriesga a su propia responsabilidad y «toma puesto en la vida pública». Subráyese el carácter cívico de *La Pluma*; sus mentores quieren que sea activa en la sociedad y no pasiva, olvidada en la estantería de una librería. Hay un afán regeneracionista, una toma de postura ante la vida.

Antes de declararla como ser libre, no pueden evitar caer en la tentación de dar una explicación, no se resignan a no etiquetarla. «Clavámosle este cartel» para que «todos sepan qué criatura es ésta y lo que se esconde bajo su título y cuáles fines nos han movido a extraerla de la nada» (otra vez el sentido creador, demiúrgico, la «poiesis»). «Si después se tuerce o descarría», la culpa no será de los fundadores, sino de la revista, considerada como un ser vivo y responsable que debe hacerse valer por sus propio méritos, ganarse un sitio cultural. Ninguna responsabilidad para «los primeros hacedores que se acogen, como es propio de su papel divino, a un augusto misterio y no darán más explicaciones sobre su obra». ¿Vanidad o arrogancia? Más de un crítico podría ver aquí una exageración imperdonable, vana grandilocuencia. Además esta hinchazón era muy propia de la época y más patente aún en las gloriosas revistas del modernismo y sus epígonos, que la antecedieron y propia de toda juventud iconoclasta, de cualquier época, que no cree en más dios que en ella).

¿Qué desean sus progenitores que sea *La Pluma*? ¿Cuál es el fin marcado? Escriben generosamente: «*La Pluma* será un refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia, sin transigir con el ambiente». (¿No es siempre la empresa cultural un refugio contra la barbarie del medio circundante? ¡Cuántas veces los escritores noveles no son más que alpinistas ingenuos que pretenden escalar la cima de la belleza sin más ayuda que su idealismo! ¿Qué sería de ellos, sin el refugio de una revista, una editorial, una tertulia o el empuje de unos amigos? *La Pluma* quiere ser un refugio, no un invernadero; quiere ser un bastión de la libertad creadora, proteger al escritor del medio estéril y facilitarle un campo de cultivo donde pueda crecer la planta literaria. Sus fundadores están convencidos de que la vocación poética es persistente pero débil, de que el escritor en soledad es un luchador contra sus dudas, que necesita de protección, de estímulo, que alguien le rescate y le salve para no caer en la enfermedad o en el suicidio, en los males literarios. *La*